

Una narrativa del evangelio

¿Cuál es la historia de Dios?

Todos tienen una historia, y creo que todos creen en alguna historia. Como humanos, somos curiosos y queremos saber las respuestas a preguntas como: ¿Cómo llegamos aquí y por qué estamos aquí? ¿Cuál es nuestro propósito en este mundo, si es que existe un propósito en realidad? También deseamos felicidad y comodidad, y consistentemente buscamos la manera de mejorar la condición humana, puesto que, en lo más profundo, sabemos algo y este mundo parece estar roto. Ya sea que nuestra historia incluya palabras como pecado o disfunción, parecería ser que sabemos que algo anda mal con este mundo. Hay muchos intentos de responder a estas preguntas más profundas. Muchas religiones, filosofías y cosmovisiones han hecho el intento; algunas han contribuido para el bien mayor, pero otras han causado más muerte y aflicción. Aunque todavía está acalorado el debate sobre quién o qué tiene las mejores respuestas para la humanidad, esta narrativa es nuestro intento para contar la historia de Dios, como la vemos a través de los lentes de la Biblia (la cual creemos que nos da todo lo que necesitamos para tener una vida de piedad llena de gozo) y nuestro propio contexto en el siglo XXI. Esto es lo que *Creemos*.

Creemos que: “*En el principio creó Dios los cielos y la tierra*”, y que su creación fue la expresión artística de la gloria de Su naturaleza trinitaria (el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo), “*conforme al beneplácito de Su voluntad*” (Génesis 1:2; Colosenses 1:15-17; Efesios 1:3-14). Todo lo que Dios habló cobró existencia, y fue ordenado según Su mandato (Génesis

1:3-31; Isaías 55:11). Dios literalmente creó la sustancia sin base en ninguna sustancia (ex nihilo), y puso orden en el caos, lo cual creemos que Él sigue haciendo a través de Su Palabra en todas las cosas. El tiempo de su creación es irrelevante al hecho de que todo lo que vemos fue creado espontáneamente (de la nada) por Su Palabra, y “*por medio de Él y para Él..., y en Él todas las cosas permanecen*” (Colosenses 1:17), y “*porque en Él vivimos, nos movemos y existimos*” (Hechos 17:28). Todo lo que Dios creó fue “*bueno*”, con excepción de la humanidad, que fue “*muy buena*” (Génesis 1:3-31). No hubo nada creado por Dios que fuera inherente malo y todo lo que Él creó lo hizo para “*Su gloria*” (Isaías 43:7), y el “*beneplácito de Su voluntad*” (Efesios 1:5, 6, 11, 12, 14). Él no tiene necesidad de ninguna cosa, ni le debe nada a Su creación.

Puesto que Dios es el creador de todo el contingente de materia/seres, creemos que Dios es el “*ser necesario*” o la “*causa sin causa*”, y no está atado por las limitaciones humanas, como el tiempo y el espacio, o la lógica causal, y es un ser eterno, que es tanto trascendente (distinto de Su creación) y personal (providencial y soberanamente involucrado con Su creación). Todas las personas de la Deidad (Padre, Hijo y Espíritu) son personas distintas, sin embargo, unificadas en esencia/ser. A pesar de que hay una obvia sumisión dentro de la Deidad, hay una clara unidad (1 Corintios 11:1-3; Hebreos 5:8; Juan 5:19); y todas las tres personas están involucradas en las “*Obras*” de Dios, incluyendo la creación y la salvación (Génesis 1:1-2; Efesios 1:3-14). El Padre es el arquitecto, el Hijo es el ejecutor y el Espíritu es el poder y la presencia que asegura el éxito del plan

para Su propia gloria y el gozo supremo de Su creación. Creemos que este entendimiento de la Deidad es el fundamento para todas las comunidades bíblicas (en todas sus formas), y que Dios ha incrustado la necesidad de comunidad en el ADN de toda la humanidad, y que debemos imitar a la Deidad en todas las estructuras familiares que Dios ha creado (la familia humana, la familia física, la familia espiritual), lo cual da como resultado una profunda unidad en medio de la diversidad (Efesios 2:8-3:10; 4:11-16; Filipenses 1:5, 7, 27; 2:2; 4:1-2).

Creemos que “*Creó, pues, Dios al hombre (a la humanidad) a imagen suya, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra lo creó*”, y que el hombre debía obedecer el mandato “*Sed fecundos y multiplicaos, y llenad la tierra y sojuzgadla (protegerla del mal)*” y “*lo puso en el huerto del Edén, para que lo cultivara y lo cuidara*” (Génesis 1:26:31; 2:15). El propósito de la creación del hombre era cultivar la gloria de Dios y generar la alabanza de Dios mientras se “multiplicaba” (Génesis 2:5, 15). La humanidad fue creada para satisfacerse en la gloria de Dios y vivir correspondientemente con su corazón satisfecho.

Dios dio a la humanidad todo lo que necesitaba para sobrevivir y prosperar como cultura (vista, una mente racional, creatividad, alimentos, agua, belleza, etcétera). El hombre fue creado a la imagen de Dios (tanto hombre como mujer), lo cual caracteriza a la Deidad como similar pero diferente; unificada pero distinta. Por lo tanto, cualquier aberración de esta unión es una afrenta a los propósitos de la creación y a la clara distinción que Dios tenía en mente, puesto que la distinción en la unidad es lo que mejor lo representa a Él en este mundo.

“*Por tanto el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá*

a su mujer, y serán una sola carne” (Génesis 2:23-25). La creación de la distinción también describe la “otredad” de la creación, que es un constructo que demuestra de mejor manera el amor y la compasión, y refleja la relación que la Deidad comparte perfectamente entre sí. Sin la distinción, no existe verdadero amor y compasión. Aunque muchos ven a la distinción como algo maligno y como la base de las guerras y los conflictos (naciones, género, raza, etcétera), nosotros lo vemos como una muestra creada del deseo de Dios de demostrar Su arte diverso y es algo bueno en toda la creación.

También creemos que Dios creó a la mujer para que camine junto a su esposo para llevar a cabo el mandato que Adán recibió de “cultivar” una cultura que glorifique a Dios y, aunque son perfectamente iguales en esencia, reflejan a la deidad al ser similares pero distintos, y demuestran una sumisión y una distinción de roles que lleva a cabo el mandato de Dios de tal modo que Él es glorificado (Génesis 2:1-15; 1 Timoteo 3:13-14; 1 Corintios 11:1-3; Efesios 5:22-31).

Creemos que antes que el pecado fuera introducido en la comunidad humana, la humanidad tenía una paz perfecta (Shalom) con Dios (Teología) y unos con otros (Sociología), así como con sí mismos (Psicología) y su entorno (Ecología), lo que permitía que fueran completos en Él y que disfrutaran y adoraran a Dios perfectamente, según lo que fueron creados para hacer; “*proclamará mi alabanza*”. Los humanos estaban completos y tenían un shalom perfecto (paz) y gozo en la adoración de su creador, por lo tanto, estaban satisfechos y completos, sin desear más de lo que habían recibido.

Creemos que, a pesar de este shalom, el hombre fue tentado por ángeles que fueron creados por Dios y se rebelaron en su deseo de ser sus propios dioses; para actuar según deseos e impulsos que los ubicaran por encima de Dios, para su propia gloria (véase Isaías 14). Esto no sucedió sin que Dios lo notara, ni siquiera sucedió fuera de Su plan, sino que, con el tiempo, los humanos “*me han abandonado a mí, fuente de aguas vivas, y han cavado para sí cisternas, cisternas agrietadas que no retienen el agua*” (Jeremías 2:13). Fue este orgullo en su corazón que llevó al ser humano a esta calamidad y a la subsiguiente caída de toda la humanidad, haciendo que el corazón del hombre se volviera “*más engañoso que todo*” y espiritualmente muerto por dentro (Jeremías 17:9). El corazón del pecado de Adán era la idolatría y el orgullo que sería transmitido a toda la humanidad. Esto causó que el hombre merezca perfectamente la ira y el juicio de Dios, puesto que, en su desobediencia, su corazón (su centro de motivaciones) se volvió “*perverso*” y capaz de todo tipo de acto malvado. El juicio, por tanto, se lleva a cabo con perfecta justicia en contra de esta rebelión y ningún hombre está sin excusa (Romanos 1-3).

Posteriormente, toda la humanidad nace con una naturaleza innata de ser su propio dios y está muerto para Dios y Su mensaje salvación sin el poder regenerativo del Espíritu Santo en sus vidas (Génesis 3:5-6; Romanos 5:12). El hombre refleja su falta de vida al crear una vida llena de placer aparte de Dios o una vida religiosa y pía aparte de la voluntad de Dios, con el fin de controlar su propia salvación/destino (véase Lucas 15:11-32). En cualquiera de estos dos caminos, la humanidad ha rechazado a Dios como la “*f fuente de la vida eterna*” y creó

para sí misma sus propios mecanismos de salvación que nunca satisfacen el deseo dado por Dios para adorar. La humanidad se conformó con dioses inferiores (lo cual es idolatría) para tratar de mitigar el vacío en forma de Dios que crea su rechazo (Jeremías 2:13; Juan 7:37-39). Por tanto, estamos en maldición por nuestras obras malas, así como por nuestras buenas obras, y tenemos la necesidad urgente de un salvador (Hebreos 6:1). Es este rechazo de Dios y la subsiguiente adoración de “*dioses inferiores*” lo que ha dejado a la humanidad insatisfecha y siempre deseando más, lo que ha llevado al quebranto que toda la humanidad experimenta regularmente (guerras, racismo, amargura, falta de perdón, fundamentalismo religioso, calumnias, avaricia, mal comportamiento sexual en todas sus formas, explotación, etcétera).

Creemos que la consecuencia de este pecado tiene un largo alcance y es catastrófica, lo que crea un quebranto y destrucción en lo teológico, sociológico, psicológico y ecológico. El shalom del hombre está deshecho y la humanidad continúa buscando muchas “*cisternas agrietadas*” para llenar esta caverna en sus almas, lo que crea más y más calamidad en esta tierra, puesto que seguimos buscando significado y gozo lejos de la razón por la que fuimos creados: la adoración del Dios eterno. El hombre sigue adorando, pero, lamentablemente, se complace con demasiada facilidad y se conforma con las muchas soluciones que son un “*camino que al hombre le parece derecho, pero al final, es camino de muerte*” (Proverbios 14:12; 16:25). Los problemas del hombre nunca pueden solucionarse por completo por medio de tratados de paz, psicología humana, terapia, trabajo social, filantropía, riqueza, educación, instituciones humanas, fuerza militar,

religión o ideologías políticas. Sin embargo, la humanidad, en su rechazo de Dios, continúa creando posibles vías de shalom que salen de su propio orgullo e idolatría, que nunca satisfacen y, en última instancia, llevan la insatisfacción y la muerte.

Sin embargo, Dios, en Su gracia, comenzó Su ataque al mal cuando limitó la vida de la humanidad e introdujo la muerte física, así como la muerte espiritual, como consecuencia de esta rebelión. Esta gracia limitó la habilidad del hombre de unirse bajo una estructura destructiva de autogobierno (Génesis 2:17; 11:6-7). Aunque la humanidad se esfuerza por alcanzar la unidad, consistentemente se divide, puesto que el orgullo y el temor destruyen las relaciones, lo que causa guerras, personal y colectivamente (Santiago 4:1-3). A pesar de que muchos humanos creen que el problema son nuestras distinciones, el evangelio nos recuerda que se trata nuestro propio corazón pecaminoso, y esas distinciones redimidas son lo único que produce amor, compasión y todo significado real. Por lo tanto, creemos que la “salvación” no es solamente que las personas individuales se “salven”, sino que incluye la redención de la creación (Romanos 8:19-25), y la naturaleza física de nuestro ser. La solución humana sigue siendo la erradicación de los deseos o la distinción a través de medios coercitivos, mientras que el evangelio cambia corazones y remodela los patrones de pensamiento de la lógica humana que fueron rotos por el pecado, restaurando la creación de Dios para que vuelva a Su propósito inicial.

Por lo tanto, creemos que Jesús, quien es eternamente el Hijo de Dios, *“se despojó a sí mismo tomando forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres. Y hallándose en forma de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta*

la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:7-8), lo cual fue predeterminado *“antes de la fundación del mundo”* (Efesios 1:4; Hebreos 4:3). Jesús fue capaz de ser nuestro sustituto perfecto porque Él también era hombre (tomando así el castigo por nuestra infracción/pecado), y era Dios (siendo lo suficiente y perfecto para pagar por nuestros pecados), lo que le permitió expiar sin pecado nuestras transgresiones y otorgarnos Su justicia, lo cual era necesario para que seamos lo suficientemente justos para entrar en la presencia eterna de un Dios santo y justo. *“Al que no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que fuéramos hechos justicia de Dios en Él”* (2 Corintios 5:21; 1 Pedro 2:24).

Creemos que Dios juzga justamente a la humanidad por esta traición cósmica, sin embargo, en Su gracia prometió enviar un salvador para aplastar el pecado y el mal, y liberar a la humanidad de esta horrenda caída. Por tanto, Él demostró esta gracia con el sacrificio de un carnero y cubriendo su desnudez, demostrando simbólicamente que un día Él cubriría su pecado con Su propia sangre, lo cual Dios prometió para destruir el mal a través de la *“simiente de la mujer”* (Génesis 3:15, 21; 22:13-14; Éxodo 12:42-51; Hebreos 9-10). Aunque no queda clara cuál es la naturaleza del mal en el huerto del Edén y la voluntad del hombre en esta caída, sabemos que Dios es perfectamente soberano, pero no es el autor del mal. Por otro lado, sabemos que Él es *“el que forma la luz y crea las tinieblas, el que causa bienestar y crea calamidades”* (Isaías 45:7). A pesar de que Dios es completamente soberano (aunque no es el autor del mal), la voluntad del hombre no está ausente de esta decisión. El pecado ocurrió a través del deseo y elección del hombre, y Dios sigue siendo justo al juzgar a la

humanidad por nuestra rebelión y nuestro orgullo. También creemos que: *“tal como el pecado entró en el mundo por un hombre, y la muerte por el pecado”, que “no sucede con la dádiva como con la transgresión. Porque si por la transgresión de uno murieron los muchos, mucho más, la gracia de Dios y el don por la gracia de un hombre, Jesucristo, abundaron para los muchos”* (Romanos 5:12-15). Así como el pecado vino a través de un hombre, la salvación también viene a través de la obra de un hombre (Jesús) en la cruz.

Posteriormente, creemos que *“la salvación es del Señor”,* y a los que Dios *“de antemano conoció, también los predestinó a ser hechos conforme a la imagen de su Hijo”* (Romanos 8:29) y que *“por gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no de vosotros, sino que es don de Dios; no por obras, para que nadie se gloríe”* (Efesios 2:8-9). Nuestra salvación es pura y totalmente obra de nuestro Señor. Hasta que nuestros corazones muertos sean regenerados por el poder salvador del Espíritu Santo, no podemos “elegir” a Dios por nuestra propia cuenta (Mateo 15:12). Con frecuencia creamos una religión y rituales religiosos, en un intento por mitigar a los dioses de nuestra vergüenza y nuestros temores, pero no podemos venir a Jesús *“si no lo trae el Padre”* y hace expiación por nuestros pecados (Juan 6:44). Sin embargo, esto no debilita la voluntad humana, sino que la modera bajo la voluntad soberana del Padre, el cual todavía requiere que la humanidad responda favorablemente al evangelio (Romanos 10:13-15; véase también Juan 1:12, 13), el cual es irresistible cuando el poder del Espíritu regenera el muerto corazón de la humanidad. Creemos que Dios tiene todo el derecho de hacer el llamado a través de la obra de Su Hijo y que Él es tanto justo como

totalmente glorificado a través de aquellos que hallan la vida eterna en Él, y aquellos que son juzgados para la condenación eterna. Los primeros resaltan el amor y la misericordia de Dios, mientras que los segundos demuestran Su justicia y santidad. Dios no juzga a nadie injustamente, ni permite que nadie entre en Su presencia injustamente. Todos estamos destinados para el juicio y, por lo tanto, Dios es justo en todas sus acciones. También creemos que el juicio eterno de Dios es Su justicia eterna para muchos males repugnantes que han sido perpetrados por el mal a lo largo de la historia. Toda falta de juicio en la vida después de la muerte haría que esta vida no tuviera sentido, y que la violencia y las ofensas que vemos en este mundo sean insignificantes.

Por lo tanto, creemos que, para que Dios sea verdaderamente justo, necesitaría que el castigo por el pecado, que es la muerte, sea pagado según la ley que Él dio a Su pueblo. Por lo tanto, aunque es verdad que *“todos pecaron y no alcanzan la gloria de Dios”* (Romanos 3:23), somos *“siendo justificados gratuitamente por su gracia por medio de la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios exhibió públicamente como propiciación por su sangre a través de la fe”* (Romanos 5:15-17), la cual es *“como demostración de su justicia, porque en su tolerancia, Dios pasó por alto los pecados cometidos anteriormente”* (Romanos 3:25). En consecuencia, Dios está completamente justificado en las acciones de Cristo para salvar a la humanidad pecadora, así como al juzgarla por su pecado cuando rechazan la única vía de salvación que es lo suficientemente buena para nuestro crimen. Por lo tanto, Cristo es: *“el salvador de todos los hombres, especialmente de los creyentes”* (1 Timoteo 4:10), lo que hace que Su obra en la

cruz sea suficiente para todos los hombres y eficiente para aquellos que ponen su confianza en su obra salvadora. Dios es tanto misericordioso como santo, y no puede ser burlado.

Creemos que Cristo no solo pagó el castigo por nuestro pecado, sino que *“Al que no conoció pecado, le hizo pecado por nosotros, para que fuéramos hechos justicia de Dios en Él”*. Nuestra justicia, por tanto, es la Suya y no la nuestra, lo que otorga a aquellos que creen en Él un estatus perfecto delante de un Dios santo y justo. Cuando empezamos a darnos cuenta de cuán santo es Dios y cuán grande es en realidad nuestro pecado, la cruz se hace más grande en nuestras vidas y tenemos la capacidad de tener vidas llenas de gracia con aquellos que nos rodean. Nos sentimos motivados por el amor de Dios para amar a otros y comenzar un ministerio de reconciliación que nos fue dado por el Padre para Su gloria (Mateo 22:37-39; 2 Corintios 5:17-210). Esto también nos permite ser un pueblo de arrepentimiento porque aborrecemos nuestro pecado, no porque nos sintamos culpables o porque estemos tratando de manipular a Dios para que haga algo por nosotros, sino por Su gran amor por nosotros (Juan 3:6; Romanos 5:8; 1 Juan 4:8-11). Cuando vivimos en la gracia, nos damos cuenta de que tenemos que arrepentirnos de nuestras *“obras muertas (buenas)”* (Hebreos 6:1) tanto como de nuestras malas obras, y que nuestros pecados no son necesariamente algo que hacemos, sino que son el reflejo de una condición del corazón que rechaza a Dios en numerosas maneras, que incluyen la devoción religiosa que, sin un corazón redimido, puede crear un corazón que se apoya en la justicia propia y que es amargado. (El resultado de la religión, lejos de Jesús). La mente religiosa sigue pensando que el pecado es externo y que

las soluciones son internas, y que somos aceptados a través de nuestras buenas obras, mientras que el evangelio nos muestra que el pecado es interno, que la solución es externa (Jesús) y que nuestra aceptación está en Su obra, por lo tanto, podemos glorificarlo a Él con nuestras obras como resultado. Por eso, *“no es lo que entra en la boca lo que contamina al hombre; sino lo que sale de la boca, eso es lo que contamina al hombre... lo que sale de la boca proviene del corazón, y eso es lo que contamina al hombre. Porque del corazón provienen los malos pensamientos, homicidios, adulterios, fornicaciones, robos, falsos testimonios y calumnias. Estas cosas son las que contaminan al hombre”* (Mateo 15:10-20). Nuestras acciones son, en última instancia, solo un síntoma de una mala condición del corazón, que es *“engañoso sobre todas las cosas y perverso”* (Jeremías 17:9). Solo el poder transformador y regenerador del Espíritu Santo puede transformar este corazón de piedra y convertirlo en un *“corazón de carne”* (Ezequiel 36:25-30).

Por tanto, creemos que la narrativa de Dios (la Biblia) nos recuerda que Dios juzgará el mal perfecta y justamente, y que Él está obrando en el mundo para reconciliar al mundo consigo mismo. Sin embargo, aun en el justo juicio, Él *“no se complace en la muerte de nadie”* y desea que todos *“vengan al arrepentimiento”* (Ezequiel 18:32; 2 Pedro 3:9). Él comenzó visualmente su obra de redención al llamar un pueblo para Sí mismo, para Sus propósitos y Su propia gloria. Ese pueblo debía ser una *“bendición para las naciones”* (Génesis 12:1-4) y sería Su pueblo redimido para tomar el mandato de *“Sed fecundos y multiplicaos”* y demostrar Su gloria a todo el mundo. Posteriormente, Dios llamó a Abraham para que sea el

padre de naciones y para apuntar hacia Dios como nuestra única salvación. A pesar de la bondad de Dios hacia la humanidad, los humanos siguieron negándolo y transgrediendo Sus leyes, mientras clamaban pidiendo métodos seculares de gobierno, en lugar de ponerse bajo el benevolente control de un Dios soberano. El hombre siguió demostrando los resultados de su rebelde corazón y fracasó en su intento de glorificar a Dios y ser testigo de Su gloria (véase Jueces; Romanos 3:23).

Por causa de la continua rebelión del hombre y su deseo de salvarse a sí mismo, Dios mostró a Abraham y a su linaje, por medio de los profetas, que un sacrificio sería necesario para pagar completamente la paga por nuestros pecados, y ese sacrificio de un animal (aunque era demostrativo) no podía pagar apropiadamente el castigo por esta calamidad destructora, sino que habría un sacrificio final que destruiría el pecado y la vergüenza para siempre (Juan 1:29-36), y produciría obediencia en un corazón renovado, en lugar de un acto ritualista de sacrificio y obligación, una vez y para siempre, que vencería el pecado y la muerte al resucitar físicamente de entre los muertos, por el poder del Espíritu Santo, convirtiéndolo en el único *“no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres, en el cual podamos ser salvos”* (Hechos 4:12). Posteriormente, debido a la resurrección, creemos que no hay muchos caminos para llegar al cielo, sino que Jesús es el *“camino, la verdad y la vida, y nadie puede ver al padre sino por Él”* (Juan 14:6). La idea de que todos los caminos llevan a dios(es) es en sí misma una afirmación religiosa que es, al mismo tiempo, dogmática y contraria tanto a las leyes de la lógica y a la revelación de las Escrituras que tenemos en nuestra posesión. Es también la cosmovisión de

gran parte de Occidente, contaminada por los vientos de su propio contexto y ferozmente ofensiva para muchas otras culturas.

Ninguna institución humana ha podido representar completamente a Dios en esta tierra, pero Jesús llamó a Su iglesia para que sea el “nuevo Israel” y a Su novia para que camine junto a Él para cumplir Su misión en la tierra (Juan 10:16; Efesios 5:29-31; Romanos 9:6). Por tanto, no solo somos salvos por el poder del evangelio, sino que también somos salvos para los “propósitos” del evangelio, que componen la obra misional de Dios en la tierra (Efesios 1:10-11; Juan 20:21). Por ello, la iglesia (Eclesía) está compuesta por misioneros que Dios llamó y redimió para ser una bendición a las naciones, y un testimonio para *“Jerusalén, toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra”* (Hechos 1:8). Mientras que el evangelio es la irrupción de Dios en la cultura humana para redimirla para Su propia gloria, la iglesia es llamada a ser parte de esa misión, mientras proclamamos el evangelio y ponemos en práctica sus implicaciones en una manera que glorifique a Dios. Dios redime lo que Él comenzó y vio que era “bueno”, y un día, en la Segunda Venida de Cristo, redimirá completamente la creación y presentará una *“ciudad santa, la nueva Jerusalén que descendía del cielo, de Dios, preparada como una novia ataviada para su esposo”* (Apocalipsis 19:7, 8; 21:2) y Su voluntad *“se haga así en la tierra como en el cielo”* (Mateo 6:10).

Jesús regresará una segunda vez para completar lo que Él comenzó en la cruz, y su subsiguiente resurrección de los muertos y el establecimiento de Su iglesia, que contiene a todas aquellas personas que creen en Él para su salvación, que se han

arrepentido tanto de sus obras malas como buenas, y lo reconocen solo a Él como su Salvador. Finalmente Él juzgará a “*vivos y muertos*”, destruyendo por fin el mal e introduciendo un nuevo cielo y una nueva tierra que serán totalmente redimidos y libres del mal, llenos con la presencia y reinado de Dios.

Mientras tanto, la Iglesia existe como el pueblo llamado por Dios para Su gloria. Esto lo vemos en que “*la infinita sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en las regiones celestiales*” (Efesios 3:10). El pueblo de Dios, la iglesia, es Su testigo ante el mundo de la restauración de Dios en el quebranto, la hostilidad y el odio. Dios se glorifica cuando la iglesia representa el propósito de Dios para el mundo, de modo que se rompen los muros divisorios de la hostilidad entre Dios y el hombre, y entre el hombre y el hombre. El racismo, el odio, el prejuicio y los servicios de adoración segregados son producto del pecado y no el producto del Espíritu de Dios (Efesios 2:10-3:10; Gálatas 2:28; Apocalipsis 5:7-9; 9:7). Su Iglesia está gobernada por diáconos y ancianos (1 Timoteo 3; Tito 1; Hechos 14:23; 20:17-28) para cuidar de la iglesia y pastorearla, enseñarla y servirla.

Existimos para vivir por Su misión y Su gloria (Mateo 28:19-20; Hechos 1:8; 1 Pedro 2:9). La Iglesia está en la brecha, proclamando la historia de Dios hasta el regreso de nuestro Señor Jesucristo, cuando todos obtendremos cuerpos *glorificados* y pasaremos la eternidad en Cristo, adorando a Aquel para el que fuimos creados para adorar y hallar nuestro gozo en Él. Por lo tanto, “*vivir es Cristo y morir es ganancia*” (Filipenses 1:21). En la muerte, encontraremos el gozo

máximo que nos esforzamos por alcanzar en esta tierra. La Iglesia se gloriará en este gozo, porque adorará perfectamente a Dios en Cristo por la eternidad. Aunque expresamos este contentamiento aquí en la tierra cuando hallamos nuestro gozo en las cosas “buenas” que recibimos en esta vida, no podemos encontrar nuestra esperanza y gozo definitivo en ninguna de ellas, sino que los encontramos *en Cristo* y alcanzará su realización completa en la eternidad. Antes de eso, recibimos una *promesa de nuestra herencia con miras a la redención* a través del Espíritu de Dios, como un adelanto y un recordatorio de Su gracia mientras seguimos viviendo en un mundo roto (Efesios 1:13-14).

Por tanto, creemos que la vida eterna es que “*conozcamos al único Dios verdadero y a Jesucristo, a quien Él ha enviado*” (Juan 17:3), que tengamos esperanza en esta vida de que Cristo va a regresar y a reinar junto con Su iglesia, disfrutando plenamente de toda la adoración de Su pueblo que lo glorificará a través de toda la adoración satisfactoria de Su ser. También creemos en el inminente regreso de nuestro Señor, el cual abolirá por completo el mal, la muerte y el pecado, y reinará con Su pueblo en un nuevo cielo y una nueva tierra por la eternidad.

Posteriormente, creemos que los argumentos relacionados con un esquema y un tiempo del regreso de Cristo son infructuosos, y no alcanzan a reconocer que nuestra bendición no está en el futuro, sino que se multiplicará en el futuro. Cristo es el premio y ningún otro don puede usurpar el valor y el propósito de una relación de adoración con Dios a través de la cruz de Jesucristo.

También creemos que, aunque muchas de las promesas han sido cumplidas en la primera venida de Cristo, no todas se han cumplido y que hay aspectos de Sus bendiciones, por ejemplo, la vida sin pecado, sanidad y redención completas, no lágrimas, etcétera, que no serán cumplidos hasta que Cristo regrese otra vez. Por lo tanto, mantenemos la idea de una escatología del “ya/todavía no”, lo que significa que somos perfeccionados “en Cristo”, pero esa perfección solo se manifestará cuando seamos glorificados finalmente en el fin de este siglo (1 Tesalonicenses 4:13-5:11; 1 Corintios 15).

Hasta entonces, todavía vemos veladamente, como en un espejo (1 Corintios 13:12), pero seguiremos mejorando la visión mientras meditamos en la Palabra revelada de Dios, la cual “*útil para enseñar, para reprender, para corregir, para instruir en justicia*” (2 Timoteo 3:15; Romanos 12:2). Dios también ha provisto a la iglesia con dones de gracia y personas que nos ayudan a crecer en unidad y el conocimiento de Jesús, y a vivir para Su gloria (Efesios 4:11-12; 1 Corintios 12-14; Romanos 12:3-9).

Además, a pesar de que creemos que Dios es capaz de utilizar cualquier don que Él desee para Sus propósitos y en Su tiempo, y que creemos que Él es el dador de todo don perfecto dispuesto, listo y capaz de bendecirnos inmensamente (Santiago 1:17), rehuimos del “evangelio de la prosperidad” como una verdad parcial que termina en herejía, amargura y/o justicia propia. Este hace que nuestros ojos se vuelvan peligrosamente hacia lo horizontal como el premio, y alimenta la idea que Dios es el medio para llegar al fin de nuestra felicidad, salud y riqueza, lo cual, según la Escritura, se encuentra solamente a Dios y será perfecto cuando lo veamos a

Él cara a cara. El hombre está quebrantado y Dios es la única fuente de gozo y sanidad que durará para siempre, ¡desde ahora y por la eternidad! Jesús nos dice que en esta vida experimentaremos *tribulación*, pero en Él tendremos paz (Juan 16:33), y cualquier enseñanza que no incluya una doctrina de sufrimiento no es una verdad bíblica, por lo que no alcanza a enseñar todo el consejo de la experiencia humana en la tierra. Conocer a Dios no erradica nuestro sufrimiento aquí en la tierra, sino que nos muestra que nuestro Salvador pasó por todos los sufrimientos que nosotros pasaremos, y Él está con nosotros mientras los experimentamos ahora (Salmo 23:4). También enseña que tenemos una gran esperanza futura en Cristo, que minimiza el sufrimiento que experimentamos en esta vida (2 Corintios 4:7-18).

Qué tengo que hacer para que Jesucristo dirija mi vida

(Romanos 3:23; 10:8-15; Juan 3:16; Hechos 2:37-38; Hechos 16:30-31; Efesios 2:8-9; Hebreos 11:6)

A pesar de que somos realmente salvos por la gracia de Dios y Jesús ha pagado el precio por nuestros pecados en la cruz, y no hay nada que podamos “hacer” para recibir la salvación, la Escritura es clara al afirmar que todavía estamos obligados a *creer* (que significa confiar) en Él como nuestro Salvador, en lugar de apoyarnos en nuestros propios mecanismos salvadores, y hacer de esa fe una confesión pública a través del bautismo y la confesión.

Este proceso comienza con el **arrepentimiento** (reconocer que somos pecadores). Muchas personas tropiezan con esto,

porque no sienten que han tenido una vida “mala”, pero el pecado no es solo lo que hacemos, sino lo que somos en lo más profundo de nuestros corazones. Hasta que podamos admitir que hemos rechazado el camino de Dios para irnos por el nuestro, no podremos acercarnos a Él.

Después de reconocer nuestros pecados, debemos **creer** que Cristo es quien dice que es, y que en verdad ha pagado por nuestros pecados. La *fe* es un regalo de Dios que activa Su gracia salvadora en nuestras vidas. Es por fe que podemos agradar a Dios.

Luego debemos ser **bautizados** como un acto de obediencia a Jesús como el Señor de nuestra vida. El bautismo no nos salva, pero recibimos el mandamiento de bautizarnos, puesto que es un compromiso visual y público con Jesús como el Señor de nuestra vida.

Si desea más información, escriba a:
infoforanchor@gmail.com